

tonces Isidro le dijo con su natural candor, *que no habia visto otra persona, ni habia llevado otra yunta para ayudarle á arar, sino á solo Dios del cielo, á quien únicamente llamaba y pedía, y era quien le ayudaba siempre.* Luego dijo Vargas los ojos en la labor, y advirtió, que con solo el arado de Isidro se iban abriendo en la tierra tres surcos á un mismo tiempo. Con tales prodigios abrió los ojos aquel buen caballero, que estaba tan prevenido contra su quintero, y llegó á conocer que aquellos jóvenes que habia visto arar con Isidro eran ángeles, los cuales suplían con mucha ventaja el tiempo que el santo labrador gastaba en sus devociones; y bien penetrado de ello le dijo: que ya no hacía caso de cuanto le habian dicho sus émulos contra él, y en adelante dejaba á su disposicion todas sus heredades y hacienda. Con esto se despidió de él, y en adelante le tuvo en grande estima.

Como el siervo de Dios se habia nutrido desde la infancia con el pan de ángeles, concibió los mas vivos deseos de que en su iglesia parroquial de S. Andrés se erigiese una cofradía bajo la advocacion del SS. Sacramento, cuyo objeto fuese el mayor culto y adoracion de tan soberano misterio. Impulsado pues de su fervor comunicó su pensamiento á algunos amigos suyos, y á otros labradores y vecinos; y como todos le tenian en el mejor concepto y estima, le respetaban, y fácilmente hallaban entrada en los corazones sus insinuaciones. Así fué que no se frustraron sus piadosas solicitudes, antes produjeron el deseado efecto, consiguiendo por fin el ver fundada dicha cofradía, que hoy dia se esmera en tributar respetuosos cultos al Señor sacramental en la mencionada iglesia de S. Andrés.

Vivia Isidro con su esposa María con la mayor union, y entrambos caminaban á la perfeccion. Pero para llegar á ella mas fácilmente trataron de separarse, y de comun acuerdo lo verificaron, viviendo como dos hermanos, bien que juntos en una misma casa, haciendo una vida angélica. Duró esto hasta que María inspirada de Dios, y deseosa de hacer una vida solitaria y del todo abstraída del mundo, comunicó sus deseos á Isidro; y hallándose muy conformes en sus ideas convinieron en que María se fuese á Caraquiz á cuidar de la ermita de nuestra Señora, y que Isidro se quedase en Madrid con su hijo. Partió María acompañada de su santo esposo, y su conversacion durante el camino toda fué celestial, exhortándola Isidro á perseverar en su santo propósito; y habiéndola dejado en Caraquiz, se volvió á Madrid.

Quería el Señor confirmar la santidad de Isidro, y el concepto en que le tenia su amo, y para esto obró un milagro á vista

de éste. Fué el caso que hallándose el caballero Vargas en el campo abrasado de sed en medio de los escesivos calores del verano, y no teniendo con que refrigerarla, preguntóle á Isidro si tenia agua en el hato, porque se moria de sed. Respondióle el Santo, que no la tenia; pero que fuese á aquella cuesta (señalándole el sitio) que en ella hallaria una fuente. Fuése Vargas al lugar que le indicó Isidro; pero no halló fuente alguna, y así volvió á decirselo. Entonces fué el Santo al mismo lugar con su amo, levantó el corazon á Dios, y los ojos al cielo; hizo la señal de la cruz sobre la tierra, y con la aijada que llevaba en la mano hirió en una piedra, diciendo: *Cuando Dios quería aquí agua habia.* Y he aquí que á la voz de este nuevo Moisés obedeció la dura peña, brotando raudales de agua cristalina, y quedando una fuente perene, que hasta nuestros dias mana como testimonio del milagro. Quedóse pasmado Vargas á vista de tamaña maravilla, y olvidado de su sed, porque le tenia suspenso aquella; hasta que volviendo de su pasmo, se arrojó cual ciervo sediento á beber de aguas tan prodigiosas, añadiéndoles las que brotaban sus ojos de ternura al considerar la virtud de su criado. De allí adelante le miró y respetó como á un Santo, y le protestó querer ser su criado, y que él fuese su amo. Pero el humilde siervo de Dios le dijo, que rindiese gracias á Dios por el beneficio. La fuente de que tratamos lo fué en adelante de maravillas, pues se esperimentó haberla dado el Señor una virtud curativa por la santidad de su siervo: Así lo esperimentó la emperatriz D.^a Isabel, esposa del emperador Carlos V, con este, y con su hijo Felipe II, los cuales consiguieron la salud bebiendo del agua de aquella fuente; y agradecida dicha emperatriz mandó edificar una ermita sobre la misma fuente, que hoy se ve á la otra parte del rio Manzanares.

No harémos mencion de las astucias de que se valió Satanás para turbar nuevamente la paz de Isidro con respecto á la fidelidad de su ausente esposa, pues todas las dispó un milagro que presenciaron los calumniadores, viéndola pasar el Jarama teniendo su mantilla sobre las aguas. Tampoco hablaremos del milagro que hizo el siervo de Dios resucitando á la única hija que tenia su amo D. Juan de Vargas. Ni nos detendremos á referir su regreso á Madrid, y solo diremos, que dicho Vargas le dejó un cuarto ó habitacion dentro dicha villa, y alguna cosa con que pasar su vejez, y muerto aquel se retiró á vivir en dicha habitacion. Desde entonces solo cuidó del cultivo de su alma, dando rienda á su devocion y fervor. Mas como por su vejez no podia andar á pié para visitar todas las iglesias que acostun-

braba, se valia de un borriquillo para ir montado. Fuése un día a la ermita de Santa Magdalena, inmediata á Caravanchel de abajo. Llegado allí apeó y dejó su jumentillo en un ribazo que estaba próximo á ella, para que paciese entre tanto. Mientras estaba en la iglesia salió un lobo de un monte cercano y embistió al jumento; y visto por algunas gentes corrieron á decírselo á Isidro, para que saliese y salvase su jumento; pero el siervo de Dios sin alterarse ni moverse les dijo: *Hijos, id en paz, hágase la voluntad de Dios.* Perseveró Isidro en su oracion, y salió de la iglesia, viendo prodigiosamente á su jumento paciendo, y al lobo muerto á sus pies. Quedó pasmado Isidro á vista del beneficio con que le habia favorecido el Señor guardando á su jumento de la voracidad del lobo carnívoro, y á éste muerto; y rindió á su Majestad las gracias.

Mas ya se acercaba el día en que Dios queria premiar á su fiel siervo, é introducirle en su gozo. Quiso antes acrisolarle del todo, y darle ocasion para acrecentar sus merecimientos, enviándole una grave enfermedad. Llegó á noticia de su santa esposa, y voló al socorro de su amado marido, al que no dejaron durante su enfermedad María y el hijo de entrambos. Conociendo Isidro anticipadamente el dichoso día en que Dios queria terminar la carrera de sus trabajos, preparóse con nuevo fervor para aquella última hora: su semblante siempre apacible y risuño, su devoción mas tierna que nunca, su apacibilidad y su paciencia daban nuevo lustre á su santidad. Recibió los Sacramentos con tanta devocion, que admiró y sacó lágrimas de ternura á todos los que le asistieron en la última agonía: y en fin, abrasado del amor de Dios, lleno de virtudes, y colmado de merecimientos, murió el día 15 de mayo del año 1130 (*) de edad de casi cincuenta y cinco años, como quieren unos, ó de sesenta, como afirman otros.

Luego que espiró, manifestó Dios la gloria de su siervo con gran número de milagros que hicieron glorioso y célebre su sepulcro por toda España. Con todo eso por espacio de cuarenta años estuvo enterrado el santo cuerpo sin alguna distincion en el cementerio de la parroquia de S. Andrés de Madrid, hasta que creciendo cada día el número de los que venian á implorar su intercesion, quiso Dios glorificarle, sacándole de aquella humilde sepultura, y haciéndole despues glorioso por toda la monarquia.

Aparecióse en sueños S. Isidro á un conocido suyo, y le dijo

(*) El P. Nicolás José de la Cruz pone su muerte en el día 30 de noviembre del año 1172, á los noventa y un años de edad del Santo.

que hiciese sacar su cuerpo del cementerio de S. Andrés, y que se colocase en lugar mas decente dentro de la misma iglesia. Habiéndose descuidado éste en hacerlo, ó por timidez, ó por desconfianza, al punto fué castigado con una grave enfermedad, de que no sanó hasta el mismo día en que se hizo la traslacion del santo cuerpo. Aparecióse el Santo á una virtuosa señora, y ésta fué mas obediente. Dió cuenta al clero y á la justicia: hizo una procesion al cementerio, y al primer golpe de azadon se tocaron por sí mismas las campanas de S. Andrés, sin dejar de tocarse hasta que se acabó la ceremonia. A este milagro, de que fué testigo toda la villa, se siguió la vista de otro no menos admirable que subsiste aun el día de hoy. Habiendo estado el santo cuerpo enterrado en el cementerio por espacio de cuarenta años, se halló tan entero y tan fresco como si estuviera vivo. Exhalaba una suavísima fragancia que se dejó percibir de todos los asistentes, los cuales no pudieron reprimir las lágrimas causadas de la ternura y de la devocion. Envolvióse el santo cuerpo en preciosas telas, y encerrado en una caja nueva, fué solemnemente trasladado á la iglesia de S. Andrés: despues de mas de quinientos ochenta años se conserva aun tan flexible, tan entero y con el color tan natural, como el mismo día en que se descubrió esta preciosa reliquia.

El tiempo que ha pasado desde aquella traslacion hasta ahora ha sido una continuada serie de milagros que ha obrado el Señor por la intercesion de S. Isidro; lo que obligó al papa Paulo V, despues de las informaciones y solemnidades acostumbradas, á publicar la bula de su beatificacion el año de 1619, permitiendo se celebrase todos los años la fiesta del Santo en los dominios del rey de España. Felipe III, que solicitaba con el mayor esfuerzo se abreviase cuanto antes esta beatificacion, recibió prontamente el premio de su zelo. Volviendo de Lisboa, cayó tan peligrosamente enfermo en Casarrubios del Monte, que los médicos llegaron á desconfiar de su vida. Esperimentándose inútiles todos los remedios, se recurrió á la intercesion de san Isidro labrador. Estábase celebrando la misa en honra del Santo en la iglesia de S. Andrés, con asistencia de toda la clerecía de Madrid, cuando llegó un correo con la triste noticia de que el rey quedaba á los últimos, perdido ya del todo el conocimiento. Fué general la consternacion; pero la confianza en el Santo moderó las lágrimas, sobre todo cuando se divulgó en la villa, que á instancia de los magistrados se habia de llevar la caja del santo cuerpo al cuarto del rey enfermo.

Hizose esta ceremonia eclesiástica con la mayor pompa y so-

lemnidad, tanto, que mas parecia triunfo, que procesion. Colocóse la caja sobre una especie de carro triunfal magníficamente adornado: iba á caballo toda la nobleza y todo el clero con hachas encendidas en las manos; seguíase una prodigiosa multitud de coches y carrozas con muchos coros de música, y un inmenso pueblo aumentaba continuamente el acompañamiento. Media legua antes de llegar á la casa real, se incorporaron mas de seis mil personas, así eclesiásticas, como religiosas y seculares, que habian concurrido procesionalmente de los pueblos circunvecinos. El príncipe heredero salió á recibir la santa reliquia con toda la corte hasta la entrada del parque, y la acompañó hasta el cuarto del rey su padre, donde estaba toda la casa real. La caja, conducida en hombros de los cuatro eclesiásticos mas autorizados de la iglesia de Madrid, se colocó en una especie de trono debajo de un magnífico dosel. El rey, que se habia limpiado de calentura desde que la caja salió de la iglesia de S. Andrés, se halló enteramente bueno luego que entró en su cuarto la reliquia. Restituyóse esta á Madrid con igual triunfo: acompañábanla mas de seis mil personas á caballo con hachas en las manos, y entró en la villa entre el estruendo de la artillería, y el repique general de todas las campanas. A ningún monarca se le hizo jamás recibimiento mas solemne que á aquel pobre labrador: tanto se hace respetar de todos la santidad. El año siguiente se colocó el santo cuerpo en otra caja mas suntuosa de plata, que costó mas de diez y seis mil ducados de oro, y todo el año se pasó en la corte de Madrid en fiestas públicas con extraordinaria magnificencia, así en el adorno de las calles, como en el de los templos. Finalmente, el papa Gregorio XV, á instancias del rey Felipe IV, y por satisfacer los ansiosos deseos de toda España, procedió solemnemente á su canonización el día 22 de marzo del año de 1622, y no se puede esplicar la alegría y la magnificencia de los pueblos en celebrar la fiesta de este santo patron de la villa y corte de Madrid, y protector especial de todo el reino.

Por lo que respeta á su santa esposa, despues de la muerte de S. Isidro volvió á Caraquiz, cumplidas las mandas de su santo esposo. Dejó á su hijo en Madrid, y le cedió los cortos bienes que habian quedado de aquél, fiando para su sustento en la providencia de aquel Señor que jamás desampara á los suyos. Restituida á Caraquiz repitió sus acostumbrados ejercicios, y pedia limosna por los lugares vecinos. De lo que la suministraba la caridad hacia tres partes, la una era para mantener la luz de la lámpara de la ermita, la otra para los pobres, y la otra para

su propia manutencion. Pasaba cada dia muchas horas en oración. La Reina de los Angeles la favoreció muchas veces con sus visitas, de que fué testigo el Jarama, cuyas corrientes pasaba milagrosamente asistida de aquella Señora. Su mortificación y penitencia eran grandes, sus ayunos continuos, su honestidad singular, su paciencia heróica.

Llegó por fin el tiempo en que el Señor queria llevarla á acompañar á su santo esposo, y recompensar sus trabajos, y en el año de 1180 sucumbió á la fuerza de una grave enfermedad, dejando á la ermita de nuestra Señora una pequeña casa que tenia en Caraquiz, y una heredad que sus padres la dieron en dote, de que se infiere que su hijo la premoriria. Despues con el tiempo fué olvidado el lugar de su sepultura, y fué hallado milagrosamente en el año 1596, y sus reliquias por último fueron reunidas en la iglesia llamada la Real de S. Isidro. A esta Santa se la tributaba culto de tiempo inmemorial, cuando por los años de 1677 la Sede apostólica lo aprobó; y Benedicto XIV, con decreto de 15 de abril del año 1752, concedió oficio y misa con rito doble para el arzobispado de Toledo, y en dicho decreto la nombra SANTA MARIA DE LA CABEZA.

SAN TORCUATO, OBISPO Y MÁRTIR.

EL mayor de todos los beneficios que puede recibir una region de mano del Dios de las misericordias es aquel don celestial y divino, sin el cual es imposible agradecerle. La fe es entre todas las gracias la primera en el orden, y la mas necesaria en la sustancia para ser contados entre los hijos de Dios, y poder entrar á la participacion de sus misericordias. Aquellos infelices á quienes no llegó la promulgacion del Evangelio, ó que habiendo llegado, cerraron sus orejas para que no entrasen en su alma las sacrosantas verdades, ya están juzgados, dice la sagrada Escritura; y de consiguiente llevan arrastrando la cadena de su condenacion. Por esta causa todas las naciones y provincias celebran justamente la memoria de aquellos varones que las enriquecieron con la fe, y depositaron en ellas las verdades del Evangelio. España, feliz en esta parte sobre casi todas las naciones del mundo, no se sacia de manifestar su gratitud por un beneficio tan señalado, celebrando la memoria de los primeros padres de su fe en repetidos dias del año con júbilos y alegrías. No se contenta con dedicar devotísimas solemnidades al apóstol Santiago, á quien venera como á su primer maestro; se acuerda tambien de aquellos grandes discipulos suyos, que despues